



Manuela Betancourt, *De vuelta*, tinta sumi sobre papel.

Navidad

Rubén Builes

Un paso, dos. Tres. Intento mantener la espalda erguida y aparecer digno, pero lo olvido pronto y lo único en que puedo enfocarme, apenas, es en sacar un pie de la nieve mientras extendiendo la otra pierna tan lejos como puedo, sin perder el equilibrio. Acabo de salir, pero corro aprisa. La nieve, reciente, se acumula precipitadamente y comienza ya a borrar la ciudad. Los transeúntes han desaparecido con rapidez y los carros, aparcados, se convierten en montículos blancos de una naciente cordillera, juguete abandonado de niño gigante. Olvídate de metáforas que no cobijan ni dan alas a pesar de su reputación. Corre, anda, gatea, que los pies ya se te llenan de agua y los resquicios de piel que no lograste proteger comienzan a sentir las dagas del aire. Si la

tarde muere prematura de nieve y de invierno, es posible que pierdas tu casa y su calor para siempre y termines siendo el último transeúnte de Boston que se cierra como una ostra y te devora mueca, dientes afilados de viento.

Cuatro pasos.

Abres los ojos. La cortina blanca nunca existió.

Las luces se multiplican sobre el río, mientras la multitud llueve expresiones y miradas y movimientos; la gleba, los ricos nuevos, los intelectuales autocanonizados, todos marchan —parram parrarram— legión igual y monótona pensando, sin pensarlo, que camina con sentido de dirección. Y yo me acurruco en un rincón y me pregunto quién va a recoger los papeles y los papelitos, las servilletas engrasadas y los cartones de perro caliente con huevos de codorniz y las botellas de cocacola, los palillos de dientes y las harinas que explotan desde bocas atiborradas, y me pregunto para qué las luces si las van a volver a quitar y me pregunto cómo irán a ser el año entrante. Pero ya no

estoy. No voy a estar. No estuve. ¿A quién le importa? Me limpio las gotas de sudor y me agito como un gato mojado para escurrir el resentimiento. Tal vez pase un taxi vacío. Tiempo de milagros, ¿no? Los amigos se fueron ya a cumplir la condena impuesta por mamás ebrias de compras, por papás borrachos de paternidad. Que se jodan los amigos y las mamás y los papás con sus maquinaciones desabridas.

La época. La sensación es la época misma, desdibujándome por dentro, alterando mi configuración para siempre. La tristeza de haber esperado tanto tiempo por un regalo



y haberlo recibido por fin, intacto, hecho a la medida de sueños que soñaron ser ambiciosos y que se han revelado modestos. No es que nos sobre el dinero ni mucho menos. Los juguetes vinieron de Estados Unidos, en la maleta de unos parientes que, dictaminaré mucho más tarde, los habrán sudado en horas largas y a veces monótonas de Burguer King. Juguetes “on sale”, hijos de aceites rancios e insalubres y de papas hinchadas de hormonas. Pero qué importa ahora. Me encaramo en los patines blancos de ruedas azules, perfectos, harto de una felicidad indecisa y me lanzo hacia el futuro sin protestar el mordisco luminoso de la cámara que me atrapa para siempre en un un álbum de fotos y luego en un marco y después en las risas y en las sonrisas y en los comentarios estereotípicos, fruto de inteligencias mendigas. Y la caja se queda vacía, sin nadie que la mire. Y el papel de regalo se queda llorando histérico sobre una baldosa fría de vetas grises y blancas.

Qué difícil me resulta quedarme quieto. El niño monstruo da pasos malhumorados y patadas y se avienta con decisión y termina convirtiéndose en ese dictador inflexible que hala aquella pierna, a ver si logro dar el quinto paso o si me pierdo para siempre entre la nieve.

Rubén Builes es egresado de Filosofía de la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Tiene una maestría y un doctorado en Literatura de Stanford University. Ha publicado numerosos ensayos y cuentos en distintas revistas culturales y literarias en el país y en el exterior. Vive en San Francisco (Estados Unidos) y escribió este relato especialmente para la *Agenda Cultural Alma Máter*.